

y ruidos, culatazos dados sobre los adoquines se oyeron en la barricada.

El hornero apagó la vela. Al silencio que dominaba en aquella calle sucedió una algarabía siniestra. Los soldados daban culatazos á las puertas de las casas, y por milagro no se apercibieron de la puerta de la tienda. Si solo la hubiesen tocado habrían visto que no estaba cerrada y hubieran penetrado.

Una voz, que debió ser de un oficial, exclamó:—Iluminad las ventanas!

Los soldados, echando ternos, decían:—Dónde están los pícaros rojos? Registremos las casas.

La ambulancia estaba sumida en la oscuridad, en completo silencio; no se oía en ella ni el aliento de la respiración; hasta el moribundo cesó de gemir, como si tuviese conciencia del peligro, y la pobre niña se refugiaba entre mis piernas.

Un soldado golpeaba en los toneles y decía riendo:

—Aquí tenemos leña para esta noche.

Otro exclamaba:

—Dónde estarán? Eran treinta lo menos. Registremos las casas.

—Registremos las casas, repitieron otros.

En aquel momento se oyó un tiro á lo largo de la calle; aquel tiro nos salvó. Sin duda lo disparó alguno de los obreros para que nos salvásemos.

—Ha sonado en el extremo de la calle; están allá abajo.

Todos los soldados se dirigieron entonces hácia el sitio de donde habia salido el tiro, abandonaron la barricada y se internaron en la calle.

—Ya se han marchado, me dijo en voz baja el hornero; aprisa, vámonos.

—¿Vamos á dejar aquí á esta pobre mujer?

—Oh! exclamó ella, no penseis en mí, que yo nada debo temer, porque estoy en una ambulancia y cuido á los heridos. Cuando salgais volveré á encender la vela. Lo que me affige es que mi marido no ha vuelto aun.

Atravesamos la tienda de puntillas. El hornero entreabrió suavemente la puerta y dirigió á la calle rápida ojeada. Algunos habitantes habian obedecido la orden de iluminar las ventanas y aparecieron cuatro ó cinco velas encendidas aquí y allá.

—Ahora no hay nadie, dijo el hornero, pero apresurémonos, porque es fácil que vuelvan.

Salimos á la calle, franqueamos las barricadas y nos alejamos con celeridad. Pasamos cerca del anciano muerto, que estaba todavía tendido en el arroyo; cuando llegamos á la segunda barricada, detrás de nosotros oímos á los soldados que volvian.

Conseguimos entrar en los terrenos que estaban demoliendo, y ya nos creímos seguros, aunque el ruido de las descargas llegaba aun hasta nosotros. El hornero me estaba diciendo que se batian por el lado de la calle de Clery. Al salir de las demoliciones dimos la vuelta á los Mercados, no sin peligro de tropezar con las patrullas, dando grandes rodeos por un dédalo de callejuelas. Al fin llegamos á la calle de San Honorato.

Nos separamos el hornero y yo en la esquina de la calle del Arbol Seco, por creer que dos corren más peligro que uno. Yo regresé á la casa número 19 de la calle de Richelieu.

III.

Hechos de la noche.—El Petit-Carreau.

Aquella misma noche, casi á la misma hora y á pocos pasos de allí, se realizaba un hecho siniestro.

Después de la toma de la barricada en que murió Pierre Tissí, setenta ú ochenta combatientes se retiraron en buen orden por la calle de San Salvador. Llegaron á la de Montorgueil y se reunieron en la confusion de las calles de Petit-Carreau y Cadrau. Habia en el sitio en que la calle de Petit-Carreau toca á la de Clery una barricada abandonada, alta y bien construida; en ella se batieron por la mañana; los soldados la tomaron y no la demolieron.

El grupo armado que venia por la calle de San Dionisio se detuvo en aquel punto y esperaba, extrañando que no le persiguieran; pero el ejército temia ir en su persecucion por aquellas callejuelas tortuosas, en las que cada esquina podia preparar una emboscada, y sin duda habia recibido contraórden. Los sublevados oian de cerca, en el boulevard sin duda, espantoso estruendo de descargas y de cañonazos, pero carecian de municiones y nada podian hacer. Si hubiesen estado enterados de lo que sucedia hubieran comprendido por qué no les perseguian. Empezaba la matanza en el boulevard, y ocupados en esto los

generales, habian abandonado el campo de batalla.

Los que venian huyendo del boulevard afluían hácia allí, pero al ver la barricada, huían en direccion opuesta. Algunos, sin embargo, llegaban hasta la barricada, indignados y pidiendo venganza; uno de los sublevados que habitaba en aquellos barrios fué á su casa y volvió con un barrilito de hoja de lata lleno de cartuchos.

Con aquello tuvieron para batirse durante algun tiempo. En el acto empezaron á levantar una barricada en la esquina de la calle Cadrau. De este modo la calle del Petit-Carreau, cerrada por dos barricadas, dominaba toda la calle Montorgueil. Los sublevados estaban entre las dos como dentro de una ciudadela. Vestian casi todos de levita y algunos de ellos levantaban adoquines con guantes; los pocos obreros que habia entre ellos eran inteligentes y enérgicos. Formaban aquellos hombres lo que podríamos llamar la crema de la multitud.

Jeanty Sarre se habia unido á ellos y le proclamaron jefe; Charpentier le acompañaba.

La noche se aproximaba y las descargas iban cesando; como era posible una sorpresa, establecieron un puesto en la calle de Cadrau y enviaron una guardia numerosa por la parte de la calle Montmartre. Los exploradores volvieron á dar cuenta de lo que habian observado. Un regimiento se disponia á vivaquear en la plaza de las Victorias.

Aunque en la apariencia ocupaban los sublevados ventajosa posicion, eran en escaso número para defender á la vez las barricadas de la calle Clery y Montorgueil, y además les asediaban las tropas cubiertas por la segunda barricada, y hubieran estado encima de ellos sin verles venir. Esto les resolvió á establecer un puesto en la calle de Clery y á ponerse en comunicacion con las barricadas de la calle Cadrau y con las dos de la de Manconseil. De éstas estaban separados por la distancia de unos cincuenta pasos.

A las cuatro y media, Jeanty Sarre se llevó cuatro hombres para practicar un reconocimiento. Se propuso levantar una barricada de avanzada en alguna de las callejuelas vecinas. En el camino encontró una que estaba abandonada y construida con toneles vacíos; era imposible defenderse allí algunos minutos; la abandonaron, y al salir de ella

les asaltó brusca descarga. Un peloton de infantería, apenas visible por la semi-oscuridad que allí reinaba, estaba cerca de los sublevados; se replegaron con celeridad, pero uno de ellos cayó en mitad de la calle, herido por una bala. Retrocedieron y se lo llevaron.

Volvieron á la barricada con el herido, y uno de los insurrectos, que era estudiante de medicina, le hizo la primera cura.

Apostaron centinelas en todos los puntos estratégicos, quedando solo unos treinta hombres en la barricada.

En aquellas calles, así como en el barrio del Temple, estaban apagados los faroles y cortados los tubos del gas, y todas las ventanas cerradas; la noche era oscurísima.

Se oían descargas lejanas; la tropa hacia fuego desde la plaza de San Eustaquio y les enviaba una bala cada dos ó tres minutos, como para decirles: Estamos aquí. Sin embargo, creían los sublevados que no les atacarían la barricada.

En la red tenebrosa de calles estrechas barreadas por las barricadas y bloqueadas por las tropas, permanecian abiertas dos tabernas. La puerta de una de ellas se abrió entre las dos barricadas del Petit-Carreau. Habia en ella un reloj que les servia para relevar las guardias á su debido tiempo. En la trastienda encerraron á dos individuos sospechosos que fueron allí á confundirse con los combatientes. Uno de ellos, cuando le arrestaban, dijo:—Vengo á batirme por Enrique V., Le encerraron bajo llave, poniéndole á la puerta un centinela. Establecieron una ambulancia en un aposento de la taberna, donde estaba tendido sobre un colchon el zapatero herido. Establecieron tambien otras ambulancias en la calle Cadrau.

A las nueve y media llegó un hombre á la barricada; Jeanty Sarre, que le conoció, le dijo:

—Buenas noches, Dionisio.

—Llámame Gaston.

—Por qué?

—Porque así debe ser.

—Es que eres tu hermano?

—Sí, hoy soy mi hermano.

—Pues buenas noches, Gaston.

Este hombre era Dionisio Dessoubs. Estaba pálido y ensangrentado, por haberse batido ya por la mañana. En la barricada de la puerta de San Martin una bala le tocó ligeramente en el pecho; por chocar contra el dinero que lle-

vaba en el chaleco solo le levantó la piel y le hizo un arañazo. Llevaba gorra, porque el sombrero lo perdió en la refriega, y reemplazó por un gaban que compró á un prendero el paletó que le habian agujereado las balas.

Ni él mismo sabia decir cómo pudo llegar hasta la barricada.

Viendo que Jeanty Sarre le estrechaba la mano, le preguntaron sus compañeros:

—Quién es este?

—Un hombre, pero os advierto que hace un momento éramos sesenta; ahora somos cien.

Todos se agruparon alrededor del recién venido. Sarre le ofreció el mando.

—No lo acepto, contestó él, porque las barricadas tienen una táctica que yo desconozco. Seria un mal jefe, pero seré un buen soldado. Dadme un fusil.

Entre tanto los generales preparaban el último ataque. No quedaba ya en todo Paris más que aquel punto de resistencia; era la última ciudadela del pueblo y del derecho aquel nudo de barricadas, aquella red de calles almenadas como un reducto. Los generales la sitiaban lentamente, paso á paso y por todas partes, concentrando todas las fuerzas. Los sublevados de vez en cuando interrumpian sus conversaciones y se ponian á escuchar. Oian por todas partes á la vez un ruido que era cada instante más claro, más inmenso y más formidable; lo producian los batallones que marchaban á paso de carga y al toque de las cornetas por las calles inmediatas.

La mayoría de los insurrectos creian que no serian atacados hasta el amanecer, porque los combates nocturnos son raros en la guerra de las calles, y pocos generales se aventuran á acometerlos; pero los veteranos defensores de la barricada, por ciertas señales que notaban, creian inmediato el asalto.

En efecto, á las diez y media de la noche se oyó un movimiento particular hácia los mercados; era el ejército que se ponía en movimiento. El coronel Lourmel iba á empezar el ataque. El 51.º de línea, apostado en San Eustaquio, entró en la calle Montorgueil; el segundo batallón formaba la vanguardia. Los granaderos y los zapadores, á la carrera, se apoderaron con rapidez de las tres pequeñas barricadas que habia en la calle de Manconseil y de las poco defendidas de las calles inmediatas.

El momento supremo se acercaba.

Los centinelas se habian replegado

á la barricada y los combatientes se contaron.

Desde el punto que ocupaban era difícil que pudieran darse cuenta de lo que estaba sucediendo. No sabian cuántas barricadas habia en la calle Montorgueil, entre la suya y la plaza de San Eustaquio, de donde venian las tropas. Solo sabian que el punto de resistencia más próximo á ellos lo constituia la doble barricada Manconseil, y que en cuanto la tomasen serian ellos atacados.

Dionisio se apostó en el borde interior de la barricada, de modo que sobresalía de ella la mitad del cuerpo, y desde allí observaba. De repente hizo una señal; la de que el combate empezaba en el reducto Manconseil.

Así era; los soldados, despues de breve vacilacion, ante la doble muralla de adoquines alta y bien construida, se arrojaron á ella, abordándola á tiros; solo habia allí seis obreros, los que la habian levantado. De los seis solo uno disponia de tres cartuchos, los otros no tenian más que dos; pero los seis hombres, que oyeron venir al batallón y rodar las piezas de la batería, no se movieron. Todos permanecieron en su sitio de combate; cuando los soldados estuvieron á tiro, hicieron fuego; el batallón les contestó.

Los seis hombres del reducto Manconseil resistieron el choque del batallón cerca de un cuarto de hora, no tirando todos á la vez, segun decia uno de ellos, para hacer durar el placer más tiempo, y no se replegaron á las calles inmediatas hasta que hubieron agotado las municiones.

De pronto cesó el ruido; habian disparado el último tiro. En seguida se vieron bujías encendidas en todas las ventanas que caian en el reducto Manconseil, en las que reflejaban las bayonetas y las placas de los chacós. El comandante del batallón mandó á todas las casas vecinas que iluminasen las ventanas, y obedecieron esta orden. El reducto Manconseil ya no existia.

Al conocer que se aproximaba su última hora, los sesenta combatientes de la barricada del Petit-Carreau subieron á su fortaleza de adoquines y lanzaron unánimes este grito sonoro:—“¡Viva la República!”

Nadie les contestó.

Lo que oyeron fué que el batallón cargaba las armas.

Jeanty Sarre hizo cerrar la puerta de la taberna para que la barricada quedara enteramente sumida en la oscuridad y

les diera alguna ventaja sobre la barricada iluminada que ocupaban los soldados.

Entre tanto el 51.º de línea registraba las calles, trasladaba los heridos á las ambulancias y tomaba posiciones en la doble barricada Manconseil. De este modo transcurrió media hora.

La tregua que precede siempre á los choques definitivos tocaba á su fin y se terminaban los preparativos por ambas partes. Los soldados se parapetaban y los oficiales dictaban órdenes.

—Empecemos, dijo Charpentier, y montó la carabina.

—Esperad, le dijo Dionisio cogiéndole por el brazo.

Entonces sucedió allí algo épico.

Dionisio escaló con lentitud los escalones de la barricada, subió hasta la cumbre, y allí se irguió, sin armas y con la cabeza desnuda. Elevando la voz y dirigiéndose á los soldados, les dijo:—Ciudadanos!

De una barricada á otra circuló como un estremecimiento eléctrico; cesaron todos los ruidos; callaron todas las voces y reinó en ambas partes silencio profundo, religioso, solemne. La claridad lejana de las ventanas iluminadas hacia entrever vagamente á los soldados un hombre de pié sobre una masa de sombra, semejante á un fantasma que les hablase de noche.

—Ciudadanos del ejército! escuchadme.

El silencio fué todavía más profundo.

Dionisio continuó hablando de este modo:

—¿Qué venimos á hacer aquí nosotros y vosotros, á estas horas, con el sable ó el fusil en las manos? Venimos á matarnos mutuamente. Por qué? Porque han lanzado entre nosotros un error; vosotros obedecéis á la disciplina y nosotros al derecho; creéis cumplir vuestra consigna y creemos cumplir nuestro deber. Nuestro deber, porque defendemos el sufragio universal, el derecho de la República, nuestro derecho, que también es el vuestro: el ejército es pueblo, como el pueblo es ejército; somos la misma nacion, el mismo pais y los mismos hombres. ¿Acaso yo que os hablo tengo sangre rusa en las venas? ¿Acaso vosotros que me escuchais sentís circular por las vuestras sangre prusiana? Siempre es triste que un hombre dispare contra otro hombre, pero que un francés tire á un inglés, se comprende; que no que un francés tire á otro francés, porque ese disparo hiere á la ra-

zon, hiere á la Francia, hiere á vuestra madre.

Todos le oian con ansiedad, pero en aquel instante, en la barricada opuesta, exclamó una voz:

—Entonces volveos á vuestras casas!

Al oír esta interrupcion brutal, los compañeros de Dionisio se estremecieron de indignacion y algunos montaron los fusiles. Dionisio les contuvo con un gesto imperativo. ¿Quién es este hombre? se preguntaban unos á otros los combatientes de la barricada. Dionisio entonces se ciñó la banda de su hermano Gaston.

—Es un representante del pueblo! exclamaron los insurrectos.

Habia llegado para Dionisio la hora de la mentira heroica, y exclamó:

—Soldados, el que os habla en este momento no es solo un ciudadano, es un legislador, es un representante elegido por el sufragio universal. Me llamo Dessoubs, y en nombre de la Asamblea Nacional, en nombre de la Asamblea soberana, os intimo á que me escuchéis. Soldados, representais la fuerza; pero cuando la ley habla, la fuerza escucha.

Esta vez el silencio no fué turbado.

Dionisio Dessoubs continuó su peroracion del modo siguiente:

—Aquí son ya inútiles las palabras; aquí solo falta que nos abracemos como hermanos. Soldados, estais enfrente y á cien pasos de nosotros y en una barricada, con el sable desnudo y con los fusiles apuntados; pues bien, todos los que estamos frente á vosotros os profesamos afecto y daríamos nuestras vidas por salvar las vuestras. Sois los aldeanos de los campos de Francia y nosotros somos los obreros de Paris; debíamos ser hermanos en vez de odiarnos. En el horrible campo de la guerra civil, prefiero morir á matar. Voy á bajar de la barricada y á dirigirme desarmado hácia vosotros, porque creo que sois mis hermanos, y llegaré hasta vosotros tranquilo; si alguno de vosotros me presenta la bayoneta, le tenderé la mano.

Entonces calló.

En la barricada opuesta dijo una voz:

—Avance, á la orden!

Dionisio descendió lentamente de la cresta vagamente iluminada de la barricada y se hundió, con la cabeza erguida, en la calle tenebrosa.

Los insurrectos le seguian con la vista con ansiedad indecible; sus corazones no latian, sus bocas no respiraban.

Nadie intentó detenerle, porque cono-

cian todos que iba donde era necesario ir. Charpentier quiso acompañarle, pero él no lo permitió.

Dionisio Dessoubs, solo y grave, siguió avanzando hasta la barricada Manconseil, pero la noche era tan oscura, que casi en seguida le perdieron de vista; solo oían en las tinieblas su paso mesurado y firme que se alejaba.

Pasó algún tiempo, y después, en la barricada que ocupaban los soldados, apareció un resplandor; probablemente lo produciría una linterna que encendían ó que reemplazaban. Entonces volvieron á ver á Dionisio, iluminado por aquella claridad; estaba ya cerca de la barricada, iba ya á alcanzarla andando con los brazos abiertos como Cristo. De repente dijo una voz de mando:

—Fuego! y estalló una descarga, que dispararon á quemarropa sobre Dionisio.

Cayó al suelo, pero en seguida se levantó gritando:—Viva la República!

Otra bala le hirió y volvió á caer; pero aun pudo levantarse por segunda vez y gritar con voz fuerte:—¡Muero con la República!

Estas fueron sus últimas palabras.

Así murió Dionisio Dessoubs, cumpliendo la palabra que empeñó á su hermano y prometiéndose á sí mismo que aquella banda haría triunfar á la ley ó ceñir un cadáver: en el primer caso salvaría al derecho; en el segundo, el honor.

El insurgente del Elíseo, creyendo haber muerto á un representante del pueblo, se vanaglorió de su iniquidad. El único diario que se publicó para defender el golpe de Estado, con los diferentes títulos de *Patrie, Univers, Moniteur, Parisien*, etc., anunció al día siguiente que “el ex-representante Gaston Dessoubs fué muerto en la barricada de la calle nueva de San Eustaquio con una bandera roja en la mano.”

IV.

Hechos de la noche.—El Pasaje Saumon.

Reinó un momento de estupor en la barricada del Petit-Carreau cuando vieron caer á Dionisio con tanta gloria para los suyos y con tanta vergüenza para sus asesinos. Invadió durante un instante el horror todos los corazones, pero aquel instante duró pocos minutos; en seguida salió de la barricada el grito unánime de ¡Viva la República! y con-

testó á la alevosía con descarga formidable.

Comenzó el combate furioso por parte de los secuaces del golpe de Estado y desesperado por parte de los defensores de la República.

Mientras Dionisio Dessoubs hablaba, quince granaderos que mandaba un sargento consiguieron deslizarse en la oscuridad á lo largo de las casas, y sin ser oídos ni vistos consiguieron tomar posiciones cerca de la barricada. Los quince hombres se agruparon rápidamente con las bayonetas caladas á veinte pasos de la barricada, después á escalarla, pero la descarga los sorprendió y retrocedieron, dejando algunos cadáveres en la calle.

El comandante del batallón gritó entonces:—“Acabemos!,” El batallón que ocupaba la barricada Manconseil apareció por entero ordenado é inexorable, lanzándose á la calle.

En la barricada del Petit-Carreau observaron el movimiento y suspendieron el fuego.

—Apuntad, pero no tireis, les decía Jeanty Sarre; esperad que se os dé la orden.

Apuntaron los cañones de los fusiles entre los adoquines y esperaron.

El batallón, en cuanto salió del reducto Manconseil, se formó en columna de ataque, y en seguida se oyó el ruido intermitente del paso de carga.

—Charpentier, le preguntó Sarre, dime si están en mitad del camino, tú que tienes buena vista.

—Sí, le contestó Charpentier.

—Fuego! exclamó Jeanty Sarre.

La barricada disparó y la calle quedó envuelta en una nube de humo. Cayeron muchos soldados y se oían los gritos que lanzaban los heridos. El batallón, acribillado de balas, se paró y contestó con fuego de peloton.

Alcanzaron sus balas á siete ú ocho combatientes que sacaban la mitad del cuerpo fuera de la barricada; tres cayeron para no levantarse ya; uno de ellos, herido de un balazo en el vientre, cayó entre Sarre y Charpentier y daba terribles alaridos.

—Llévesle aprisa á la ambulancia, dijo Sarre.

—A dónde?

—A la calle de Cadrau.

Sarre y Charpentier, cogiendo al herido por los pies y por la cabeza, le trasladaron á la referida ambulancia, saliendo por la abertura de la barricada.

Entre tanto continuaba el tiroteo de fila sostenido. Llenaba la calle espesa humareda; las balas silbaban cruzándose; se oían voces de mando severas y repetidas y algunos gritos lastimeros, y el resplandor de los disparos de los fusiles producía llamas en la oscuridad.

De pronto una voz potente gritó:—“Adelante!,” El batallón volvió á tomar el paso de carga y empezó á asaltar la barricada. Aquella lucha fué horrible; se batieron cuerpo á cuerpo cuatrocientos contra cincuenta. En la barricada no quedaba un solo cartucho, pero les quedaba la desesperación. Un obrero que estaba atravesado de parte á parte se arrancó la bayoneta del vientre y atravesó con ella á un soldado. Los combatientes sin verse se devoraban, se aniquilaban á tientas.

La barricada apenas resistió dos minutos. Era demasiado baja por muchas partes, por lo que la atravesaron más que la escalaron. Así la lucha fué más heroica. Louvain, uno de los luchadores que sobrevivió, decía al autor de este libro:—“La barricada se defendió muy mal, pero los hombres murieron muy bien.”

Lo que acabamos de referir sucedía mientras Jeanty Sarre y Charpentier trasladaban al herido á la ambulancia de la calle Cadrau. En cuanto le prestaron los primeros auxilios volvieron á la barricada. Al ir á entrar en ella oyeron una voz débil que les llamaba. Volvieron la cabeza hácia el sitio de donde salía la voz y vieron que uno de sus amigos, apoyado en la pared, vacilante y ensangrentado, iba á espirar. Era uno de los combatientes que salió de la barricada y apenas pudo dar algunos pasos, y que se apretaba con una mano el pecho, en el que había recibido una bala á boca de jarro. Con voz apenas perceptible les dijo:—“Han tomado la barricada; huid.”

—Antes tengo que descargar el fusil, contestó Jeanty Sarre. Entró en la barricada y se fué.

El interior de la barricada presentaba aspecto horroroso. Los republicanos, abrumados por el número, no resistían ya. Los oficiales gritaban:—¡No hagais prisioneros! y los soldados mataban á los que permanecían en pie y remataban á los que estaban tendidos. La tropa mostró tal encarnizamiento, que parecía que se vengaba.

Un obrero llamado Paturel recibió tres balas y diez bayonetazos; le creye-

ron muerto y cesaron de herirle, pero él aun sintió que le estaban registrando y que le quitaron diez francos que llevaba. Como no murió hasta seis días después, pudo referir estos pormenores.

De los sesenta republicanos que se refugiaron en el reducto del Petit-Carreau, cuarenta y seis murieron allí: á media noche estaba el combate completamente terminado. Los furgones llevaron al día siguiente nueve cadáveres al cementerio de los Hospicios y treinta y siete á Montmartre.

Jeanty Sarre, Charpentier y otro cuyo nombre no pudo averiguarse escaparon milagrosamente. Se deslizaron á lo largo de las paredes de las casas y llegaron al Pasaje Saumon. Las verjas que cierran el Pasaje durante la noche no llegaban hasta la bóveda de la puerta; las escalaron y pasaron por encima de las puntas de los hierros, con peligro de desgarrarse. Sarre subió el primero; al llegar á lo alto de la verja una de las lanzas le atravesó el pantalón, le enganchó y cayó de cabeza en tierra. Se levantó en seguida, aunque quedó unos momentos aturdido. Los otros dos le siguieron, y poco después los tres se encontraron en el Pasaje, que un farol que brillaba en un extremo alumbraba débilmente. Oían los pasos de los soldados que les perseguían. Para conseguir escaparse por la calle de Montmartre necesitaban escalar las verjas del otro extremo del Pasaje; pero tenían las manos destrozadas, ensangrentadas las rodillas, y quedaron sin fuerzas para practicar una segunda ascension.

Jeanty Sarre sabía dónde vivía el guarda del Pasaje; llamó á su puerta y le suplicó que le abriera, pero el guarda se negó.

En aquel instante el destacamento que les perseguía llegó á la verja que acababan de escalar. Los soldados, que oyeron ruido en el Pasaje, pasaron los cañones de los fusiles á través de los barrotes. Jeanty Sarre se refugió detrás de una de las columnas salientes que adornan el Pasaje, pero allí solo se cubría á medias. Los soldados dispararon y el Pasaje se llenó de humo. Cuando se disipó, Jeanty Sarre vió que estaba Charpentier extendido boca abajo sobre las baldosas, con el corazón atravesado por una bala; el otro compañero había caído á poca distancia de él, mortalmente herido.

Los soldados no escalaron la verja, pero dejaron en ella un centinela. Sarre